

# La vida en las canciones

Raúl Eduardo González\*



Capitular 5 / Tomada del libro: *El arte de los Lagarto*

**A**un antes de nacer, algunos tienen la fortuna de que su madre les cante en la íntima compañía del embarazo. Ya en la infancia, las canciones forman parte de nuestro entorno cotidiano: con ellas tomamos conciencia de que es hora de dormir, pues el arrullo suele ir acompañado de la melodía:

Duérmete, mi niño,  
que tengo que hacer:  
echar las tortillas,  
ponerme a moler.

Pero también nos ayudan a conocer nuestro cuerpo, con las coplas de nana, que se cantan acompañadas de movimiento:

Tengo manita,  
no tengo manita,  
porque la tengo  
desconchabadita.

Si lo pensamos, las canciones nos acompañan a lo largo de la vida, desde los fines más prácticos (hacernos dormir, enseñarnos a mover los miembros, acompañar el baile), hasta los más abstractos, como expresar los sentimientos, conjurar los

males y dirigirnos a las divinidades. La apropiación del canto, que se da en términos generales en la más tierna infancia, es un proceso que prácticamente no termina nunca, y que participa de manera determinante en la construcción de los rasgos vivenciales más significativos en nuestra vida: las canciones cifran nuestra alegría, amparan nuestro amor, acogen nuestro duelo y nos enseñan a ser quienes somos en términos del género, del sentimiento regionalista o patriótico, del desarrollo del irrenunciable yo lírico y de la *vox pópuli* a la que nos sumamos en el fuero interno o a plena voz.

Y hablar de la voz no es poco decir. Esta sustancia fugaz, evanescente, nos atrapa en su flujo irreplicable: hay canciones que sólo podemos escuchar con una voz, y hay voces cuyos dueños ya no están entre nosotros, pero que siguen presentes en virtud de la memoria de su voz. Recuerdo a mi abuelita materna cantándome la canción infantil de sorteo que no he escuchado nunca a nadie más: "Por aquí pasó un caballero vendiendo romero, / le pedí tantito para mi chivito...", y antes de cantársela a mi propia hija he temido profanar la memoria de aquella mujer cuya voz sigue resonando en mis recuerdos. De otra manera pasa lo mismo, por ejemplo, con versos que sólo concibo en la voz de Pedro Infante:



San Pablo / Tomada del libro:  
*El arte de los Lagarto*



San Pedro / Tomada del libro:  
*El arte de los Lagarto*

A través de las palmas que duermen tranquilas  
la luna de plata se arrulla en el mar tropical...

O en las de Eydie Gormé y Los Panchos:  
¿Y qué hiciste del amor que me juraste,  
y qué has hecho con los besos que te di...?

Quizá porque esas voces las escuché en la infancia, qué sé yo, antes de los diez años, en aquella vieja y vedada etapa de nuestra vida, lejanísima y omnipresente, que José Emilio Pacheco evoca al comienzo de *Las batallas en el desierto*: "Me acuerdo, no me acuerdo; ¿qué año era aquel? [...] Volvía a sonar en todas partes un antiguo bolero puertorriqueño: 'Por alto esté el cielo en el mundo...'"

El relato es maravilloso porque nos enseña la manera como a un niño muy sensible y precoz le cae el veinte de lo que es el amor al que se refieren las canciones. Uno se pregunta ¿qué puede un niño saber de una obsesión irrefrenable?, pero lo cierto es que nuestro conocimiento del amor, más allá del que de manera directa nos puedan dar nuestros padres, nos lo empiezan a transmitir las canciones que escuchamos, asimilamos y cantamos. Nada menos, una de las primeras canciones que aprendemos en México, "Las mañanitas", es un canto de alborada, que expresa un



San José y el niño / Tomada del libro: *El arte de los Lagarto*

también las canciones hechas especialmente para las películas. La lista sería interminable, pero un buen ejemplo que nos conecta de nuevo con las novelas podría ser “Santa”, la canción que Agustín Lara compuso para la primera película sonora de nuestro país, basada, por supuesto, en la novela de Federico Gamboa. En ella, el Flaco de Oro expresa el sentimiento del personaje de Hipo, el cantante ciego del burdel, hacia la hermosa protagonista:

En la eterna noche de mi desconsuelo  
tú has sido la estrella que alumbró mi cielo,  
y yo he adivinado tu rara hermosura  
y has iluminado toda mi negrura.

Y, bueno, el proceso contrario también se dio: películas realizadas con base en canciones. Ahí están, por ejemplo, toda la serie de películas de Antonio Aguilar que se apoyan sobre todo en corridos tradicionales (*Lamberto Quintero, El Moro de Cumpas, Simón Blanco, Gabino Barrera...*), pero también en canciones líricas (*El chubasco, Albur de amor, Volver, volver, volver*). En todas, además de que se ampliaban el tema o la trama de la canción en el argumento de la película, por supuesto que era fundamental el momento en que Antonio Aguilar la interpretaba.

Hablar de la relación entre el cine y la canción mexi-

sentimiento profundo, simbólicamente, al despertar al ser amado, pero también de manera textual en más de una copla:

Quisiera ser solecito  
para entrar por tu ventana  
y darte los buenos días  
acostadita en la cama.

Por su capacidad evocativa, con la conjunción de una melodía —por lo que he señalado arriba, el ritmo es esencial desde nuestro desarrollo temprano— con un texto poético —breve las más veces, pero también por ello rotundo y significativo—, y con la fuerza de una voz, las canciones transmiten significados que calan hondo, a la vez que tienen una innegable facultad evocativa, como nos lo hace ver José Emilio Pacheco en su ya clásica novela. No por nada, han entrado en muchos relatos y, por supuesto, en muchas películas de países diversos, pero en las de México en particular, pues sabemos que ha encontrado en las canciones todo un género con el que ha dialogado de manera fecunda.

En las películas de la llamada Época de Oro —pero también en muchas de nuestros días— los números musicales eran imprescindibles; recordemos los cantos rancheros, las serenatas, los desafíos cantados, los bailes rurales y los números de cabaret. Recordemos



Santiago / Tomada del libro: *El arte de los Lagarto*



Jesús / Tomada del libro:  
*El arte de los Lagarto*



Virgen María / Tomada del libro:  
*El arte de los Lagarto*

cana sería cuento de nunca acabar; los nombres de los compositores y cantantes que dieron lustre y fueron asimismo consagrados por el cine es vastísima, pero para terminar estas líneas vale la pena recordar a un compositor en particular, Chucho Monge, el morliano que compuso —entre varias decenas de hermosas melodías— nada menos que “México lindo y querido”. Además de que musicalizó muchas películas, se hicieron otras a partir de algunas de sus canciones —como “Pobre corazón” y “Cartas marcadas”—. Una de estas es inolvidable, cantada en voz de Lucha Reyes se volvió un clásico, y también se hizo una película con base en ella: “La feria de las flores”, que empieza con un memorable elogio al acto de cantar:

Me gusta cantarle al viento,  
porque vuelan mis cantares  
y digo lo que yo siento  
por toditos los lugares.

Para terminar, bien vale citar una estrofa de “Cartas marcadas”, del propio Chucho, que viene como anillo al dedo a propósito de lo que he dicho aquí acerca de la importancia de las canciones en nuestra vida, de su capacidad evocativa y del vehículo maravilloso de la voz, por el que aquellas llegan a nosotros y por el que las recreamos, asimismo. Para variar, una canción que con su decir nos ahorra muchas palabras:

Cantando no hay reproche que nos duela,  
se puede maldecir y bendecir.  
Con música la luna se desvela  
y al sol se le hace tarde pa’ salir.

\*Docente-investigador de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Fecha de recepción: 2012-11-12  
Fecha de aceptación: 2014-02-21